

nes! ¡Dios salvador! ¡Elevad vuestras almas hasta la altura en que habitais! ¡derramad sobre nosotros esa luz que puede dar solo á nuestros ojos la fuerza para contemplarlos!»

¡Hay cosa mas hermosa y al propio tiempo mas semejante que estos últimos acentos de Simplicio y de Boecio? En esta época el Cristianismo era filosófico; retrocedió y se hizo monacal por la ignorancia y las desgracias derramadas por la tierra, que es precisamente lo que constituyó su fuerza. El tiempo de la barbarie incubó los gérmenes de la sociedad moderna, y su incubacion tuvo una energía prodigiosa. El Cristianismo, filosófico antes de tiempo por consecuencia de una civilizacion vieja que no era hija suya, hubiérase gastado: era preciso que atravesase siglos de tinieblas, que produjese por sí mismo la civilizacion nueva para llegar á su edad filosófica natural, edad á que llega en el día.

Entre Platon y San Agustín, entre Sócrates y Boecio, medió uno de los mas grandes períodos de la historia del espíritu humano. Los maestros de la sabiduría pagana entregaron al retirarse el punzon y las tablillas á los maestros de la ciencia evangélica. El principio de la filosofía no pereció, porque ningun principio se destruye, porque la filosofía es á la vez la lengua del entendimiento, y la religion elevada en que habita el alma separada de su cubierta. La teología se sentó en los bancos que abandonaba la filosofía y la continuó. Los sistemas de Aristóteles y de Platon, la forma y la idea, dividieron siempre las inteligencias hasta el tiempo en que las obras del Estagirita, traídas á Europa por los árabes, renovaron la doctrina de los peripatéticos y produjeron la escolástica. El vástago mas fecundo del Cristianismo, la herejía, que no cesó de brotar con vigor, reprodujo por su parte el fruto filosófico, á cuyo germen debía la vida.

Al leer el relato de la expoliacion de los templos en el reinado de Teodosio, habeis creído que concurríais á la destruccion de las iglesias, perpetrada en nuestros dias. Mas la ruina de nuestras iglesias no ha ocasionado la caída de la religion de Jesucristo, mientras que la religion de Júpiter, arruinada entonces, desapareció con sus templos. La verdad no está unida á una piedra; subsiste independientemente del altar; y el error no puede existir sino sepultado en las tinieblas de un santuario. El Cristianismo, en tiempo de Teodosio y de sus hijos, se hallaba próximo á reemplazar al paganismo; el Cristianismo no tiene heredero en nuestro siglo. ¿Qué podría darnos la filosofía humana que se presentara para ser la sucesora de la fe, del mismo modo que intentó ocupar el lugar de la idolatría? ¿La teurgia? ¿Quién la admitiría? Y esta teurgia ¿qué ocultaría bajo su velo sino esas mismas verdades de esencia divina que la enseñanza pública de la Iglesia ha puesto al alcance del vulgo? Los misterios de las iniciaciones son reveladas á la muchedumbre en el símbolo que repite en el día el hijo del pueblo.

Si imaginásemos establecer una cosa distinta de las verdades recibidas de la fe, el panteísmo, por ejemplo, ¿lo conseguiríamos? El Cristianismo es la síntesis de la idea religiosa, y ha reunido sus rayos; el panteísmo es el análisis de la misma idea, y dispersa sus elementos. ¿Tendrá cada uno en sus hogares una pequeña fraccion de la verdad divina que convertirá en un dios para su consumo particular? ¿Resucitarían acaso los penates, los ídolos, los genios? ¿Volvería otra vez la idolatría por este camino á falsear la sociedad? ¿Habría tantos altares como familias? ¿tantos sacerdotes como ceremonias? ¿tantos ritos como imaginaciones existieran para inventarlos? ¿La pluralidad de las religiones privadas podría acaso reemplazar á la unidad de la religion pública? ¿Produciría el mismo efecto sobre el hombre? ¿Qué caos sería el movimiento y el ejercicio de tantos cultos infinitos y

diversos! Revivirían todas las extravagancias y los desórdenes del entendimiento y de las costumbres que desacreditaron las sectas filosóficas y las herejías, y renacerían todas las aberraciones sobre la naturaleza de Dios. ¿Quién es Dios? ¿Es eterno? ¿Ha creado la materia? ¿Existe Dios aparte y cerca de ella? ¿Hay algun manantial de donde nacen y dónde vuelven á entrar las inteligencias? ¿La misma materia existe? ¿El universo existe en nosotros ó fuera de nosotros? ¿El espíritu es efecto ó causa? ¿Llegaremos al extremo de suponer en un nuevo sistema, que Dios no es aun perfecto, que se forma cada día por la reunion de las almas desprendidas de los cuerpos, de suerte que no sea ya Dios quien haya formado al hombre, sino que sean los hombres los criadores de Dios? ¿Y cómo revestiréis de una forma sagrada que reemplace la forma cristiana, esas alegorías, esos mitos, esos ensueños, esos vapores de los entendimientos defectuosos, nebulosos y vagos, que buscan la religion y que no la quieren? El misticismo, el eclecticismo ó la eleccion de las verdades en cada sistema, ¿pueden convertirse en culto? ¿Son evidentes estas verdades? ¿Y todos los entendimientos se conforman con las mismas abstracciones metafísicas?

En fin, todo sistema filosófico al implantarse en las ruinas del Cristianismo, no tendría yo por vehículo popular el medio que en otro tiempo se encontró: la predicacion de la moral universal. El Evangelio tuvo que desarrollar esos grandes principios de libertad y de igualdad, que descubiertos por algunos ingenios privilegiados, estaban ignorados por las naciones, y combatidos por las leyes. En la actualidad se ha realizado la obra: la filosofía puede proponer reformas; pero no tiene nada nuevo que enseñar. ¿Cómo pues sin el recurso del establecimiento de una moral, determinaréis á los hombres, á que truequen los misterios tan difíciles de entender?

Siendo imposible todo esto, no descubriremos realmente detrás del Cristianismo mas que la sociedad material: sociedad bien ordenada, bien arreglada, hasta cierto punto exenta de crímenes; pero tambien muy limitada, animada y circunscrita á los sentidos cultos y embrutecidos. Cuando en la sociedad material se elevasen los descubrimientos físicos y las invenciones de las máquinas hasta los milagros, esto no produciría sino el género de perfeccion de que es susceptible la máquina misma. El hombre, privado de sus facultades divinas, es pobre y triste: pierde la mas rica mitad de su ser, y concretado á su cuerpo, al que no puede rejuvenecer ni dar vida, se degrada en la escala de la inteligencia. Nos convertiríamos por falta de religion en una especie de indios ó de chinos. La China y la India, la una por el materialismo y la otra por una filosofía petrificada, son verdaderas naciones mómias: sentadas hace miles de siglos, han perdido el uso del movimiento y la facultad de progresion, semejantes á esos ídolos mudos y acurruados, á esas esfinges recostadas y silenciosas, que guardan todavía el desierto en la Tebaida.

Religiosamente hablando, nos vemos obligados á deducir de estas investigaciones imparciales, que nada existe despues del Cristianismo.

Pero si el Cristianismo cae como todas las instituciones que el hombre ha tocado, comunicándolas la debilidad de su naturaleza; si el tiempo de esta religion ha espirado ¿qué hemos de hacer? El mal no tiene remedio: no lo pienso así. El Cristianismo intelectual, filosófico y moral, tiene sus raíces en el cielo, y no puede perecer: en cuanto á sus relaciones con la tierra, solo aguarda un grande ingenio para renovarse. Conócese perfectamente en el día la posibilidad de la fusion de las diversas sectas en la unidad católica; pero la condicion primordial para llegar á la recomposicion de la unidad es la emanci-

pacion de los cultos. Mientras la religion católica sea una religion pagada, dependiente de la autoridad política y de la forma variable de los gobiernos; mientras continúe viéndose atada en sus movimientos, en su reuniones particulares y generales, contaminada en sus cátedras y escuelas por el dinero del erario; en una palabra, mientras no vuelva al pié y á la libertad de la cruz, se consumirá de generada.

Si hubiésemos desarrollado lentamente en el órden cronológico de la narracion el cuadro de la caída del politeísmo y de la destruccion de las escuelas filosóficas, no hubiéramos podido distinguirlo bien: el triunfo completo de la religion cristiana en el reinado de Teodosio, señalaba el lugar en que debía exponerse este cuadro. Volvamos á tomar el hilo de los hechos políticos y militares.

ESTUDIO CUARTO.

PRIMERA PARTE

DESDE ARCADIO Y HONORIO HASTA TEODOSIO II Y VALENTINIANO III.

TRES meses tan solo sobrevivió Teodosio * á la victoria conseguida sobre Eugenio: murió en Milan y su cuerpo fue trasladado á Constantinopla. Dejó dos hijos, Arcadio y Honorio: Arcadio había sido declarado Augusto por su padre en el año quinto del reinado de este. Honorio fue revestido de la misma dignidad despues de la muerte de Valentiniano II, y cuando Teodosio se preparaba á marchar contra Eugenio. Arcadio heredó el imperio de Oriente, Honorio el de Occidente; Arcadio se sepultó en el palacio de Constantinopla, Honorio entre las murallas de Ravena. Era Arcadio pequeño de cuerpo, contrahecho, feo, muy moreno é ignorante: tenia los ojos medio cerrados como la serpiente (1). La holgazanería y la ligereza caracterizaban á Honorio (2). Rufino tomó á su cargo el engañar y envilecer á los dos emperadores, y Estilicon, venderlos y defenderlos. Sufría Arcadio el yugo de los eunucos y de su mujer; y Honorio erriaba una gallina llamada *Roma*, mientras Alarico tomaba la ciudad de Rómulo.

Rufino fue ministro de Arcadio, y Estilicon de Honorio: originario el primero de Causa, en las Galias, había conseguido en el reinado de Teodosio, que le favoreció demasiado, los cargos de mayordomo mayor de palacio, de cónsul y de prefecto del pretorio. Tacháronle de ambicioso, de pérfido, de cruel, y principalmente de avaro, Claudio, Suidas, Zosimo, Orosio, San Jerónimo, y Simmaco (3), quien alabando á todo el mundo, á nadie alababa, segun se ha observado.

Reconocido Rufino por prefecto de Oriente, y aspirando en secreto al imperio, tenia una hija á quien pretendía casar con Arcadio. Eutropo, el eunuco, frustró este proyecto, y Arcadio elevó al tálamo imperial á Eudósia, célebre por sus cuestiones con San Juan Crisóstomo: era hija de Bauton, valeroso jefe de los Francos, y entonces conde y general romano.

Gobernaba el Occidente Estilicon en el reinado de Honorio: era un famoso capitán, de origen vándalo (4). Estaba casado con Serena, sobrina de Teodosio, y esta alianza llenaba de orgullo el corazón del semi-bárbaro (5). Pretendía que su tío Teodosio le había confiado la tutela de sus dos hijos, y sufría

* ARCADIO, HONORIO, EMPER.; SIRICIO, ANASTASIO I, INOCENCIO I, PAPAS. DE 393-408.

con impaciencia la autoridad que gozaba Rufino en Oriente.

Este último, defraudado en sus proyectos por el matrimonio de Eudósia, y temiendo las maquinaciones de Estilicon que levantaba ejércitos, ensañó los bárbaros contra el imperio, incitó á los Hunos á precipitarse sobre el Asia, y entregó la Europa á los Godos (6). Alarico mandaba á los últimos.

Había nacido Alarico en la isla de Peuce, situada en la embocadura del Danubio, en el seno mismo de la barbarie. Claudiano llamó poéticamente al Danubio el dios paternal de Alarico. Era este uno de los cinco ó seis hombres milenarios ó fásticos, y no pertenecía á la familia de los *Amalaricos*, la primera entre los Godos, sino á la segunda que era la de los *Balthos*. Su arrojo le había granjeado entre sus compatriotas el sobrenombre de Balto, que significa el osado ó el valiente.

Jóven aun Alarico, había pasado el Danubio en 376 con los Visogodos cuando estos huían delante de los Hunos. Habíase encontrado en los combates que precedieron y causaron la derrota y muerte de Valente (7). Negoció la paz con Teodosio, y le siguió en calidad de aliado en su expedicion contra Eugenio.

Rufino fué á desenterrar, para vengar su querrela doméstica, al hombre á quien Dios había destinado para vengar la querrela del mundo. A fin de que el godo no encontrase óbáculo alguno, destacó el favorito de Arcadio dos traidores, Antioco y Geroncio, el uno á custodiar el paso de las Termópilas, y el otro el istmo de Corinto (8): estos dos porteros de la Grecia debían franquear sus puertas á los Bárbaros.

Fingiendo pues Alarico cierto descontento de la corte de Arcadio, merodeó todo el país entre el mar Adriático y el Ponto-Euxino. Los Godos llevaban en su compañía algunas tropas de Hunos, que en el invierno anterior habían pasado el Danubio por encima del hielo. Los Bárbaros continuaron su saqueo hasta el pié mismo de las murallas de Constantinopla, de donde salió Rufino en traje godo, á parlamentar con ellos (9).

Estilicon, bajo el pretexto de socorrer al Oriente, se puso en marcha con el ejército que Teodosio había empleado contra Eugenio.

Entonces llegó una órden de Arcadio reclamando á Estilicon el ejército de Teodosio, y prohibiéndole pasar adelante: Estilicon obedeció, entregando el mando á Gainas, capitán godo que servía á sus órdenes, y á quien encargó en secreto que matara á Rufino; empresa en que no dejó de ayudarle el eunuco Eutropo (10).

Lisonjébase Rufino de ser proclamado emperador por los soldados que le llevaban otra púrpura; corrió con Arcadio á su encuentro: mandó Gainas que le cercasen é inmediatamente le hizo asesinar á los piés de Arcadio. Llevaron su cabeza separada del cuerpo á Constantinopla en la punta de una pica, y la pasaron por las calles; su mano derecha cortada acompañaba á la cabeza, y presentábanla de puerta en puerta (11). Un guijarro metido en la boca del muerto la sostenía abierta, y suponían que sus labios entreabiertos pedían la limosna que aguardaba la mano (12): sátira popular horrorosamente enérgica contra la exaccion y el poder. Ninguna utilidad reportó la mudanza del ministro: Eutropo ocupó el lugar de Rufino.

Alarico y sus Godos, no teniendo ya nada que robar ni qué combatir, pasaron el desfiladero de las Termópilas, defendido tan solo por la tumba de Leonidas. Los pastores enseñaron á los Persas el camino del monte; las *Ropas-negras* (que en el lenguaje de Eunapo significa los monges) lo descubrieron á los Godos (13). ¡Qué variacion tan prodigiosa en los tiempos! ¡Qué revolucion entre los hombres!

Protegera á Tebas las murallas (14): esta ciudad recordaba los nombres de Edipo, Epaminondas y Alejandro. Alarico dejó libre á Atenas, que no era ya sino una universidad menos famosa por su filosofía que por su miel (15). Aceptó un convite, y se bañó en la ciudad de Pericles y de Aspasia, para demostrar que no era extraño á la civilización (16); pero entregó el Atica á las llamas. Aun se ve en el día á Atenas, que se parece, como acontecía en la época de los Godos, á la piel vacía y sangrienta de una víctima, cuya carne había sido ofrecida en holocausto (17). Afirman que Minerva había movido su lanza, que la sombra de Aquiles había horrorizado á Alarico (18). Los ánimos debilitados por las fábulas valen muy poco en las realidades calamitosas de los imperios; la Grecia conservada y como embalsamada con sus ficciones, oponía puerilmente los ensueños del tiempo pasado á las terribles verdades del presente.

Alarico continuó su marcha hácia el Peloponeso: Ceres pereció en Eleusis con sus misterios; muchos filósofos murieron de sentimiento ó al filo de la espada de los Bárbaros, entre otros Protero, Hilaro y Prisco, tan amado de Juliano (19). Corinto, Argos y Esparta vieron hollada su gloria: entonces pereció también quizás aquel Júpiter Olímpico que no tenía de inmortal sino la estatua. Por desgracia era de oro y de marfil; si hubiera sido de mármol quedaríanos alguna esperanza de volverle á encontrar bajo los matorrales de la Elide, á no ser que esta obra de Fidias, pulverizada se hubiese convertido en cal de una choza ó de un minarete.

Estilicon desembarcó con un ejército en las costas de Grecia; cercó á Alarico en el monte Foloe, y en seguida le dejó escapar (20). Habiendo salido Alarico del Peloponeso fue declarado por una mudanza súbita de fortuna señor de la Iliria oriental, á nombre del emperador Arcadio. Suponia este príncipe que Honorio no había tenido derecho para auxiliarle, porque la Grecia correspondía al imperio de Oriente (21): Arcadio no quería perder nada de la legitimidad de su cobardía. Creyó captarse la voluntad de Alarico invistiéndole con el mando de una provincia, y solo consiguió hacerle mas temible. La justicia eterna castiga la cobardía: Alarico acababa de degollar á los hijos: concediéndole el poderío de los padres: no se consigue reinar por semejantes medios.

Los Godos proclamaron rey, bajo el nombre de rey de los Visogodos, á Alarico; é invadieron la Italia en el primer año mismo de ese siglo v, célebre por la destrucción del imperio de Occidente, y por la fundación de los reinos bárbaros. Estilicon reunió un ejército; retiróse Alarico, y Honorio fué á disfrutar los honores del triunfo. No hablo de esta ceremonia ridícula, sino para traer á la memoria al verdadero vencedor; era este un monge, cuyo nombre estaba destinado á la inmortalidad. Habiendo salido Telémaco expresamente de su soledad de Oriente, había ido á Roma, sin mas autoridad que la de su hábito, para llevar á cabo lo que las leyes de Constantino no habían podido conseguir. Arrojóse al anfiteatro en medio de los gladiadores, y procuró separarlos con sus pacíficas manos. Los espectadores, embriagados con el espíritu del homicidio, le asesinaron (22); verdadero mártir de la humanidad, rescató con su sangre la que se derramaba en aquel espectáculo de muerte. Desde aquel día quedaron abolidos definitivamente los combates de los gladiadores.

Estilicon, con cuyas dos hijas casó sucesivamente Honorio, había tratado con los Francos en las orillas del Rhin. Marcomiro y Sumnon, hermanos, reinaban en aquellos pueblos: al uno lo desterraron á Toscana, y el otro fue muerto por sus compatriotas. Pretenden que Marcomiro fue padre de Faramundo (23). San Ambrosio había espirado en el año 797, y Esti-

licon consideró su muerte como la ruina de Italia (24). Sublevóse Guidon en Africa y fue derrotado por su hermano Marcezel. La incertidumbre de las cosas de este siglo es tan grande, escribía por este tiempo San Agustín; vemos con tanta frecuencia destronados á los príncipes de la tierra, que los que fundan en ellos sus esperanzas, solo encuentran su perdición (25). Marcezel fue arrojado á un río inmediato á Milan, por orden del envidioso Estilicon.

Los Escotos y los Pictos asolaron la Inglaterra. Alarico que había salido de Italia volvió á entrar en ella á últimos del año 402. La historia confusa de aquella época no nos permite señalar las causas de estos diferentes movimientos. Acúsanse los partidos mutuamente: ya representan á Alarico como á un jefe sin fe, que se burla de los juramentos prestados alternativamente á los dos emperadores Arcadio y Honorio; ya expresan sospechas de que Estilicon pretendiese colocar la corona en la cabeza de su hijo Eucherio, sublevando de propósito á los Bárbaros; pero este crecimiento de la fiebre no era sino efecto de la descomposición del cuerpo social en su enfermedad de muerte. La segunda irrupción de Alarico llenó de pavor la Italia: Roma reparó las murallas de Aureliano; y Honorio, pronto á huir, temblaba en los pantanos de Rávena: Estilicon atacó á los Godos en Pollense, en los confines de la Liguria, y logró una victoria caramente comprada (26). Los Godos habían rehusado al pronto el combate por motivo de la celebración de las fiestas de Pascua (A. 403). La esposa y los hijos de Alarico cayeron prisioneros en poder de Estilicon, y Alarico para rescatarlos consintió en evacuar sus conquistas. Tenía Dios en medio del imperio Romano dos ejércitos de Godos, armados con los rayos de su justicia: al frente del uno marchaba un godo cristiano, Alarico; y el jefe del otro era un godo pagano, Radaguisés ó Rhodoguisés, según la escritura griega. Componiase el ejército de este, de toda la raza goda de la otra parte del Danubio y del Rhin; y conducía á las batallas doscientos mil soldados.

Subió Radaguisés á su vez á la Italia (A. 405), así como la marea que sube reemplaza á la que ha bajado ya. Estilicon reunió los Alanos, los Hunos y otros godos, mandados por Saro. Penetraron los enemigos hasta Florencia y San Ambrosio se apareció á un cristiano, cuyo huésped había sido en otro tiempo en esta ciudad, y le prometió que serian librados repentinamente. Obligó Estilicon al día siguiente á la multitud de los Bárbaros, por la fuerza ó por el hambre, á fugarse ó á entregarse. Radaguisés cayó prisionero, y fue cargado de cadenas y sentenciado á muerte; sus compañeros acorralados como un rebaño, fueron vendidos á razon de un escudo por cabeza. Murieron casi todos á un tiempo; lo que se había ahorrado al comprarlos, se gastó en abrir sus tumbas.

Un año después de la derrota de Radaguisés (A. 406), invadieron las Galias, los Alanos, los Vándalos y los Suevos; excitados, siempre, como suponen, por Estilicon, que destruí á los Bárbaros con sus batallas y los levantaba de nuevo con sus intrigas. Los Borgoñones y los Francos siguieron á los Alanos, á los Vándalos y á los Suevos á las Galias, en 407, y no salieron ya de allí.

Las legiones de la Gran-Bretaña eligieron por emperador en este mismo año á Marco, á quien asesinaron, y en seguida eligieron á un soldado llamado Constantino. Pasó este al continente, destruyó cuanto encontró á su paso, y se estableció en Arlés. Fue reconocido ó al menos tolerado por Honorio, que promulgaba pacíficamente leyes bastante buenas para los vasallos que ya no tenía: proscribió á los Priscilianistas y á los Donatistas.

Constante, hijo de este Constantino emperador de Arlés, primero monge y después César y Augusto, se apoderó de España. Abrió sus puertas á los Bárbaros,

privando de la custodia de los Pirineos á los leales y valerosos paisanos encargados de defenderlos (27).

Casóse Honorio en 408 con Termancia, hija segunda de Estilicon. Alarico trató con Estilicon por medio de diputados, y consiguió el empleo de general de los ejércitos de Honorio en la Iliria Occidental. Acio que quedó en rehenes en poder de Alarico, pasó tres años en su compañía. Alarico, no satisfecho todavía, se adelantó hácia Italia y exigió cuatro mil libras de oro, que Estilicon hizo que se le concedieran.

Principiaba Honorio á desconfiar de Estilicon, que era á la vez, tío y suegro suyo, y á quien acusaban de codiciar la púrpura para su hijo Eucherio, abiertamente adicto al paganismo.

Un campamento reunido en Pavia, y formado secretamente por Olimpo, favorito de Honorio, fue la señal de la revolución. Supo Estilicon este acontecimiento en Bolonia, y adivinando la causa se retiró á Rávena. Llegaron dos órdenes de Honorio, la una mandado arrestar y la otra quitar la vida al salvador del imperio, declarado enemigo público: cortáronle la cabeza en 23 de Agosto de 408, y Roma fue la que le condenó al cadalso. Heracliano, despojó de la vida á Estilicon con su propia mano, y fue nombrado conde de Africa: por una virtud de extracción, la sangre de un grande hombre ennoblecía á su verdugo, Eucherio, que amaba los templos y que buscó abrigo en Roma en las iglesias, y fue asesinado, y la misma suerte sufrió Termancia, esposa de Honorio. Olimpo heredó el favor de que había gozado Estilicon.

Durante estas revueltas del Occidente había gobernado en Oriente Arcadio, subyugado á su vez sucesivamente por Rufino y por Eutropo; el uno indigno favorito que se creía odiado por su fortuna, cuando solo lo era por su persona; el otro hediondo eunuco, que de esclavo de un palafrenero había llegado á ser cónsul, avido publicano que todo lo arrebatava hasta las mujeres, y que lo vendía por costumbre, acordándose de que tambien su persona había sido vendida (28). Ya se ha visto cual fue la muerte de Rufino.

Eutropo para ocultar su vileza, inventó leyes que se conservan en el código como un monumento del humano oprobio (29): estas leyes aplican el crimen de lesa magestad á los que conspiran contra las personas adictas al emperador; castigan el pensamiento, y recaen hasta en los hijos de los culpables de lesa-favoritismo. Tales leyes, que ni siquiera pusieron á su autor á cubierto de las conspiraciones, hicieron temblar á los esclavos, y no contuvieron en manera alguna á los Godos. Tribigildo, gefe de una colonia de Ostrogodos fundada por Teodosio, en la Frigia; sublevóse por indicación de Gainas, este otro godo, asesino de Rufino. Tribigildo, vejado mientras permaneció siendo amigo, fue respetado cuando se convirtió en enemigo; conocieron que había sido fiel cuando dejó de serlo. El eunuco reinante, acusado de tales desórdenes, los pagó con su caída: habíase atrevido á insultar á la emperatriz Eudoxia. San Crisóstomo, que debía la silla episcopal de Constantinopla á Eutropo, tuvo el arrojo de defender á su bienhechor; y si no pudo librarle de la cuchilla de la ley, arrebatóle al menos al furor popular. Pintólo de demasiado vil para que le degollasen, y reclamó en su favor la inviolabilidad del menos precio. Eutropo, aterrado y tembloroso, con la cabeza cubierta de polvo, se había refugiado en la iglesia á que él mismo quitara el derecho de asilo. «Abrióse su seno la Iglesia, dice Crisóstomo: admitióle al pie del altar; le ocultó con las mismas cortinas que cubrían el lugar sagrado, y no consintió que le arrancasen del santuario cuyas columnas abrazaba» (30).

Eutropo fue desterrado á la isla de Chipre, conducido luego á Pantico y decapitado. Este hombre que había sido dueño de tanto terreno que era imposible

medirlo, logró apenas el poco que era necesario para cubrir su cadáver (31).

San Juan Crisóstomo salvó la vida á Aureliano y á Saturnino, á quienes Gainas acusaba de ser los autores de las turbulencias de Oriente: Gainas, frustrados sus proyectos de venganza, conspiró abiertamente. Los Godos á cuyo frente marchaba, y con cuyo auxilio quería sorprender á Constantinopla, fueron asesinados; y después de haber sido derrotado él propio por Fravittas, halló la muerte entre los Hunos á la otra parte del Danubio, en la antigua patria de los Godos.

Eudoxia, proclamada Augusta, mandó que venerasen sus imágenes; una estatua de plata levantada á esta mujer ambiciosa, cerca de la iglesia de Santa Sofía, enardeció el celo de San Crisóstomo, siendo la causa principal del destierro de este prelado eminente. Salió de Constantinopla el 20 de Junio de 404; y Eudoxia espiró el 6 de Octubre: *un aborto puso término á su vida, á su reinado, á su orgullo, á su animosidad y á todos sus crímenes* (32).

Arcadio murió el 1.º de Mayo del año 408, algunos meses antes del trágico fin de Estilicon: dejó un hijo único, Teodosio II, cuyo tutor fue Authemio, prefecto de Oriente. Los Hunos y los Esqueros invadieron la Tracia.

Pulqueria hermana mayor de Teodosio, fue desde la edad de quince años la maestra de su hermano. Convirtiéndose el palacio en un monasterio: levantábase Teodosio al amanecer con sus hermanas á cantar en dos coros las alabanzas de Dios. Nunca este príncipe vengó injuria alguna; y pocas veces consintió en que se impusiera la pena de muerte á los criminales. Decía: «Es fácil quitar la vida á un hombre, pero solo Dios puede restituírsela.» En cierta ocasion pedía el pueblo un atleta para combatir con las fieras; Teodosio que estaba presente respondió: «No sabeis que no acostumbramos á concurrir á combates crueles é inhumanos?» (33).

Habia inventado este príncipe suave una lámpara perpétua para que sus criados no tuviesen que levantarse por las noches á encenderla de nuevo (34). Instruido (35), amante de las artes hasta el extremo de ocuparse en pintar y sacar modelos de escultura con sus propias manos, escribía con tal perfección que le habían dado el sobrenombre de *Caligrafo*. Por lo demás, su alma carecía de sublimidad, era cobarde, huía de la guerra, y compraba la paz con los Bárbaros, principalmente con Atila. Firmaba todos los papeles que le presentaban sin leerlos; tanta era su aversión á los negocios (36). De este modo rubricó el acta de la esclavitud de la emperatriz (37); siendo Pulqueria la que procuró corregirle con tan inocente lección. San Agustín observa que este emperador hubiera sido un santo en la soledad (38).

Teodosio vivía entregado á los eunucos que estragaban la virilidad del príncipe; y Antioco, gran camarero de palacio, estaba al frente de todos los asuntos. Teodosio se mezcló demasiado en los negocios eclesiásticos; favoreció la herejía de Eutiches, y apoyó las violencias de Dioscoro.

Debo llamar vuestra atención sobre algunas leyes características del tiempo de Teodosio: leyes contra los Heresiarcas de todas clases; Maniqueos, Pepucios, Frigios, Priscilianistas, Arrianos, Macedonios, Tenonios, Novacianos, Sebastianos; leyes para los profesores de letras en Constantinopla. Señalan estas, diez profesores latinos para las humanidades, diez griegos, tres latinos para la retórica, cinco griegos llamados sofistas, uno para los secretos de la filosofía y dos para el derecho. El Senado era el que elegía á los profesores públicos, que sufrían un exámen. Encuén-

* HONORIO, TEODOSIO II, EMPER. INOCENCIO I, ZÓSIMO, BONIFACIO I, CELESTINO I, PAPAS. DE 409 Á 423.

transe leyes prohibiendo enseñar (A. 419) á los Bárbaros á construir bajeles, y que pronunciaban pena de muerte contra los delincuentes; leyes que conceden á cada uno el derecho de fortificar sus tierras y sus propiedades (39). Este derecho es la personificación de la edad media.

En 421 casó Teodosio con Eudocia, hija de Heraclido, filósofo de Atenas, ó de Leoncio, sofistas: llamábase Athenais antes de recibir el bautismo. Atenas, que no había suministrado tirano alguno al imperio romano, dióle por reina una musa: Eudocia era poetisa, y puso en verso cinco libros de Moisés, Josué, los Jueces, y la tierna y poética égloga de Ruth.

Es necesario no confundir á Eudocia con Eudoxia, nombre de su suegra, y nombre también de la hija que tuvo de Teodosio, y que se casó con Valentiniano III en 432.

Volvamos á los asuntos de Italia.

Habiéndose privado Honorio del auxilio de Estilicon, hubiera podido confiar el mando de las tropas romanas á Saro el godo, hombre aguerrido; pero le rechazó porque era pagano. Alarico proponía la paz bajo condiciones aceptables; y no habiendo sido admitidas, corrió á poner sitio á Roma (40). Sirena, viuda de Estilicon, se hallaba en esta ciudad, y creyéndola el Senado de inteligencia con Alarico, la mandó ahogar por consejo de Placidia, hermana de Honorio.

Alarico cerró el Tiber; y el hambre y la peste martirizaron á los sitiados (41). Consintió Alarico en alejarse mediante una suma inmensa (42). Despojaron las estatuas de las riquezas con que estaban ornadas, entre otras las del Valor y de la Virtud (43).

Honorio encerrado en Rávena, no ratificaba el tratado estipulado. El Senado le envió por diputados á Attalo, administrador del tesoro, Cecilio y Máximo; pero nada consiguieron del emperador, dominado por Olimpo.

Acercóse Alarico á Roma, y derrotó á Valente que iba á socorrerla.

Olimpo caído en desgracia, restablecido después en el mando, y caído por segunda vez, vino á parar en que le cortasen las orejas y le matasen á porrazos. A Olimpo sucedió Jove: había conocido á Alarico en Epiro; era pagano y estaba versado en las letras griegas y latinas. La necesidad de los tiempos había producido una tolerancia momentánea; una ley de Honorio del año 409, concedió la libertad de religión á los paganos y á los herejes.

Alarico sitió de nuevo la ciudad eterna queriendo el diestro y desdeñoso bárbaro cortar las dificultades que hallaba con el emperador, mudó el jefe del imperio, y obligó á los Romanos, á proclamar Augusto á Attalo, que había llegado á ser el prefecto de Roma. Attalo era del agrado de los Godos, porque había sido bautizado por su obispo.

Attalo nombró á Alarico general de sus ejércitos. Fue una noche á dormir en palacio, y pronunció un discurso pomposo delante del Senado.

Dirigióse en seguida contra Honorio, su digno rival. Honorio envió diputados á Attalo, y le ofreció la mitad del imperio de Occidente. Attalo propuso á Honorio conservar la vida y desterrarle á una isla. Jove hizo traición á un mismo tiempo á Honorio y á Attalo. Alarico que bloqueaba á Rávena y que principiaba á disgustarse de Attalo, le sometió sin embargo todas las ciudades de Italia, á excepcion de Bolonia (44). Estas extrañas escenas ocurrían en el año 409.

Geroncio se sublevó en España contra Constantino el Usurpador, que reinaba en Arlés, y trasladó el cetro á Máximo.

La Inglaterra, á la que Roma no defedia ya, recobró su libertad. En las Galias las provincias Armóricas, se constituyeron en republicas federativas (45). Los Alanos, los Vándalos y los Suevos entraron en

España en 28 de setiembre del año 409. Los Vándalos tenían por rey á Gonderico, y los Suevos á Ermerico. Repartiéronse por suertes las provincias Ibéricas: Galicia cupo á los Suevos y á los Vándalos de Gonderico; la Lusitania y la provincia de Cartagena fueron adjudicadas á los Alanos: la Bética cayó en poder de otros Vándalos, de quienes tomó el nombre de Vandalucia. Algunos pueblos de Galicia se mantuvieron independientes en las montañas (46).

En el año 410 Alarico degradó á Attalo á causa de las negociaciones entabladas con Honorio; despojóle públicamente en las puertas de Rímimi de los vestidos imperiales (47). Attalo y su hijo Empelo permanecieron en los carros de su dueño. Alarico custodiaba también en sus bagajes á Placidia, hermana de Honorio, medio reina y medio esclava. Procuró estipular la paz con el hermano de esta princesa á quien envió el manto de Attalo. Honorio vaciló; Alarico volvió á sacar á su emperador de entre sus propios criados, y restituyendo la púrpura á Attalo marchó á Roma. Sonó la hora fatal el día 24 de agosto del año 410 de Jesucristo.

Roma fue tomada por la fuerza ó por la traición: los Godos, enarbolando sus estandartes en lo alto del Capitolio, anunciaron al mundo la variación de las razas (48).

Después de los seis días de saqueo salieron los Godos de Roma como aterrados; sepultáronse en la Italia meridional; murió Alarico, y le sucedió su cuñado Ataulfo.

En los años 411 y 412 no hubo ya cónsules, así como ya no había mundo romano; al menos no se encuentran sus fastos en estos dos años. Levantóse sin embargo un general de estirpe latina. Constancio era de Naisse, patria de Constantino; habíase dado á conocer en tiempo de Teodosio, y tenía el título de conde, cuando Honorio pensó en emplearle. Si no conociésemos el orgullo humano, no podríamos comprender cómo Honorio quería mejor perdonar á los Bárbaros que le arrebataban la diadema, que á un vil competidor que se la disputaba; Constancio recibió la orden de ir á atacar á Constantino, tirano de las Galias.

Geroncio que había proclamado Augusto á Máximo en España, tenía situado á Constantino en Arlés: su ejército le abandonó tan luego como se presentó Constancio. Maximino cayó con Geroncio y vivió entre los Bárbaros en la miseria.

Libre Constantino de Geroncio, se entregó con su hijo Juliano en manos del general de Honorio: antes de rendirse, se había hecho ordenar sacerdote por Heros, obispo de Arlés (49); precaucion que no le salvó, pues fue enviado con su hijo á Italia, y decapitado á doce leguas de Rávena.

Edobico ó Edobinco, jefe franco y general de Constantino, había intentado auxiliarse. Constancio, y Ulfilas, capitán godo que mandaba su caballería derrotaron á Edobico en las orillas del Ródano. Edobico se refugió en los dominios de Ecdice, señor galo á quien en otro tiempo había prestado importantes servicios (50). Ecdice cortó la cabeza á su huésped, y la presentó á Constancio (51). «El imperio, dijo Constancio al recibir el presente, da gracias á Ulfilas por la acción de Ecdice (52).» Y Constancio arrojó de su campo, como á un hombre que atrae á él la cólera del cielo, á este traidor, á la amistad y al infortunio (53).

Jovino se vistió la púrpura en Maguncia en el año 412.

Los Godos después de haber evacuado la Italia, habían bajado á Provenza. Ataulfo hizo alianza con Jovino, quien había proclamado Augusto á su hermano Sebastian: malquistóse muy pronto con ellos, y los exterminó (54). Los generales de Honorio se habían unido á los Godos en esta expedición.

Sublevóse Heraclio en Africa el año 413; desembar-

co en Italia, y habiendo sido rechazado fugóse á Cartago, y murió desconocido en el templo de Mnemósina.

Caracterizaba á Honorio una cualidad muy estraña, la de no conformarse con arreglo alguno: á todo oponia su ignominiosa cobardía como una virtud. Si le ofrecían la paz, cuando no poseía medio alguno de defenderse, altercaba sobre las condiciones, las eludía y acababa por rehusarlas. Su paciencia apuraba la de los Bárbaros; cansábanse de derrotarle sin poder conseguir que se confesaba vencido. ¡Admirable ilusión de la grandeza romana que aun imponía respeto después de la toma de Roma!

Ataulfo deseaba ardientemente la mano de Placidia, que continuaba cautiva, y la pedía muchas veces en matrimonio á su hermano que se la negaba siempre. Durante estas negociaciones, cien veces interrumpidas y reanudadas, el sucesor de Alarico se apoderó de Narbona y quizás también de Tolosa: naufragó delante de Marsella, donde fue rechazado y herido por el conde Bonifacio; Burdeos le abrió sus puertas.

Los Francos incendiaron á Tréveris en el año 413. Los Burgondos ó Borgoñones (55) se establecieron definitivamente en la parte de las Galias, á que dieron su nombre.

Cansado de la negativa de Honorio, Ataulfo resolvió casarse con aquella que hubiera podido convertir en su mancha por el derecho de la victoria. Habíase quizás verificado el matrimonio en Forli (56), en Italia; solemnizóse en Narbona en el mes de enero del año 415. Ataulfo estaba vestido á la romana y cedía el primer asiento á la ilustre desposada: esta aparecía sentada en un lecho adornado con toda la pompa de una emperatriz. Cincuenta lindos mancebos, cubiertos con traje de seda, y componiendo ellos mismos parte de la ofrenda, colocaron á los pies de Placidia cincuenta azafates llenos de oro, y cincuenta llenos de pedrería (57). Attalo que de emperador había venido á parar en no se sabe qué cosa, en la comitiva de los Godos, entonó el primer epitalamio (58). Así un rey godo que había venido de la Escitia daba su mano en Narbona á Placidia su esclava hija de Teodosio y hermana de Honorio, y la ofrecía como regalo de boda los despojos de Roma; en sus bodas danzaba y cantaba otro romano, á quien los Bárbaros habían convertido en histrión del mismo modo que le nombraron emperador y embajador cerca de un aspirante al imperio, y del mismo modo que les plugo arrojarlo de nuevo la púrpura.

Concluyamos con los sucesos de Attalo. Después del matrimonio de Placidia, este señor del mundo que carecía de tierras, de plata, de soldados, nombró intendente de sus dominios al poeta Paulino, nieto del poeta Ausonio (59). Attalo abandonado por los Bárbaros, después de haber seguido á los Godos á España, hizose á la vela para no se sabe á dónde; prendieronle en medio del mar y le condujeron encadenado á Rávena. Luego que se supo en Constantinopla la noticia de esta captura, resonaron por todas partes las acciones de gracias (60), y celebráronse regocijos públicos. Honorio en una especie de triunfo, celebrado en Roma, en el año 417, hizo marchar al temible vencedor delante de su carro, y le obligó en seguida á subir á la segunda grada de su solio para que la ciudad de Rómulo, deshonrada por Alarico, pudiera contemplar y admirar la ilustre victoria del gran César de Rávena.

Al prisionero se le cortó la mano derecha, ó todos los dedos, ó solamente un dedo de ella (61): no era de temer que con ella empuñase la espada, sino que rubricase órdenes; porque en la apariencia existía aun alguna cosa inferior á Attalo capaz de obedecerle. Acabó sus días en la isla de Lípári, que en otro tiempo había propuesto á Honorio: y como estaba poseído del anhelo de vivir, es probable que fuese dichoso.

Habíase visto otro Attalo, jefe de otro imperio: era este aquel mártir de Lion, á quien hicieron dar la vuelta por el anfiteatro precedido de un cartel en que decía: *El cristiano Attalo*.

Honorio había estipulado la paz con Ataulfo su cuñado: habíase este obligado á evacuar las Galias y á pasar á España. Placidia dió á luz un hijo á quien se dió el nombre de Teodosio, y que vivió poco tiempo. Ataulfo retirado á la otra parte de los Pirineos, fue muerto en Barcelona de una puñalada por uno de sus criados (A. 415). Los seis hijos que había tenido de su primera mujer, fueron asesinados después de su padre.

Los Visogodos colocaron en el trono á Sigerico, hermano de Saro; y al sétimo día de elegido le asesinaron. Sucedióle Walia que trató con Honorio, y le restituyó Placidia, que había vuelto á ser esclava por un rescate de seiscientos mil medidas de trigo (62).

Constancio, general de los ejércitos de Occidente, se casó con la viuda de Ataulfo contra la voluntad de esta, de quien tuvo una hija, Justa-Grata-Honorio, y un hijo, Valentiniano III.

El año que precedió al eclipse de 418, indica el principio del reinado de Faramundo (63).

Walia esterminó en el año 418 á los Silingos y á los Alanos en España. Los Godos volvieron á las Galias donde Honorio les cedió la segunda Aquitania, todo el terreno que hay desde Tolosa hasta el Océano (64).

El reinado de los Visogodos tomaba la forma cristiana, bajo el dominio de los obispos arrianos (65). Teodorico empuñó el cetro después de Walia; este dejó una hija casada con un Suevo, de quien tuvo á aquel Ricimiro, (66) que estaba destinado á consumir la ruina del imperio de Occidente. Una constitucion de Honorio y de Teodosio dirigida á Agrícola prefecto de las Galias, en el año 418, le ordena que congrege los Estados generales de las tres provincias de Aquitania y de cuatro provincias de la Narbona. Los emperadores resolvieron que conformándose con un uso ya antiguo, se celebrarían los Estados todos los años en la ciudad de Arles, desde los idus de Agosto, hasta los idus de setiembre (del 15 de agosto al 13 de setiembre). Esta constitucion es un hecho histórico de la mayor importancia, que anuncia el paso á una nueva especie de libertad.

Constancio, padre de Honorio y de Valentiniano III, fue proclamado agosto y murió.

Honorio obligó á su hermana Placidia, á quien amaba quizás demasiado (67), á retirarse á Constantinopla con su hija Honoria y su hijo Valentiniano. Después de un reinado de veinte y ocho años, que no tiene otro igual por las revueltas que asolaron la tierra, sino los treinta años últimos en que escribo; espiró Honorio en Rávena doce años y medio después del saqueo de Roma, llevando su nombre tan insignificante en pos de la celebridad del grande Alarico.

Esta época cuenta algunos historiadores, y tuvo también poetas. Aparecen estos principalmente en el principio y el fin de las sociedades: nacen con las imágenes, y necesitan cuadros de inocencia ó de infortunio; cantan en derredor de la cuna ó de la tumba, y las ciudades se levantan ó se desploman al son de su lira. Nos ha quedado una parte de las obras de Olimpiodoro, de Frigerido, de Claudiano, de Rutilio y de Macrobio.

En el año 414 publicó Honorio una ley permitiendo á todo individuo matar leones en Africa, lo cual estaba prohibido antiguamente. «Es preciso, dice el decreto de Honorio, anteponer á nuestros placeres el interés de nuestros pueblos.»